Varsovia y la paz en Oriente Próximo

Carlos LARRÍNAGA
(Historiador)

Cuando España entera estaba pendiente del inicio del juicio a los líderes independentistas catalanes, de la tramitación de los presupuestos y, a la postre, de la fecha elegida por Pedro Sánchez para el adelanto electoral. O cuando en el plano internacional las miradas se dirigían a Cúcuta para ver cómo se iba a introducir la ayuda humanitaria en Venezuela, bastante lejos de aquí, en la capital polaca, ha tenido lugar un evento que ha pasado un poco desapercibido, pero que muestra interesantes claves de cuanto sucede en la zona más caliente del planeta. Me estoy refiriendo a la conferencia sobre paz y seguridad en Oriente Próximo convocada por Estados Unidos en Polonia los días 13 y 14 de febrero. Concebida inicialmente como una cumbre en contra de Irán, los recelos expuestos por las cancillerías europeas hicieron que definitivamente se optara por una denominación genérica, no logrando, sin embargo, que acudiese la Alta Representante de la Unión Europea para Asuntos Exteriores y Política de Seguridad, Federica Mogherini. Pese a lo cual, Washington ha conseguido la participación de los comisionados de unos sesenta estados. En concreto, todos los de la UE, aunque con delegaciones de perfil bajo, salvo el Reino Unido, que envió a su Secretario de Estado para Relaciones Exteriores, y varias naciones de la región, como Arabia Saudita, Yemen, Omán, Emiratos Árabes Unidos, Jordania o Israel.

Por consiguiente, aquí tenemos el primer fracaso de la reunión, no ya por las presencias, sino por las ausencias. ¿Cómo podemos entender un acontecimiento de estas características sin algunos de los principales actores de esa área? Egipto, Turquía e Irán no estuvieron en la cita, devaluando enormemente su validez. Tampoco Palestina, cuando precisamente buena parte de la conflictividad allí proviene de la falta de observación de los derechos de los palestinos por parte de Tel Aviv, que sistemáticamente viola el Derecho Internacional y no cumple las resoluciones de la ONU. Finalmente, Rusia y China, que discrepan abiertamente de la estrategia norteamericana en la resolución de los conflictos en Próximo Oriente, tal como se está viendo en Siria, que ni siquiera fue invitada. Manifestando su rechazo, y en paralelo, Putin reunía en Sochi a Erdogan y a Rohani para tratar de evaluar la situación en esa república árabe y seguir avanzando en la conclusión de una crisis que dura desde la primavera de 2011.

Una segunda consideración es el propio lugar escogido: Varsovia. Algo que pilló desprevenidos al resto de socios europeos e incluso a muchos polacos. En este punto es evidente la presión ejercida por la Casa Blanca, que ha sabido explotar el miedo de las autoridades polacas al expansionismo ruso, por el caso de Ucrania, para de esta manera apuntarse un doble tanto. Primero, el de condicionar su ayuda militar a cambio de cumplir la agenda estadounidense y, segundo, dividir a los miembros de la Unión Europea, satisfaciendo de esta forma los deseos del propio Donald Trump. La dificultad de los 28 para manifestarse con una única voz ante el mundo es evidente y de eso se aprovechan las autoridades americanas. Lo estamos viendo en el caso de Venezuela y Juan Guaidó. Además, mientras en Polonia el sentimiento anti-ruso crece, en Grecia, Chipre o Bulgaria esto no es así. De suerte que la división está servida.

La tercera cuestión tiene que ver con la asistencia del primer ministro israelí Benjamín Netanyahu, envuelto en campaña electoral al haber convocado los comicios en abril. Para él, lo primordial es contar con el apoyo de Estados Unidos en sus ataques a Irán y lo ha conseguido en Varsovia. El mensaje lanzado por él y el Secretario de

Estado norteamericano es que será imposible alcanzar la estabilidad en Oriente Próximo sin enfrentarse a Irán. Para Bibi la solución pasa inexorablemente por una intervención militar, al modo de lo que se hizo en su día con Irak. Pero Irak no es Irán y en absoluto Rusia y China permitirían hoy en día una invasión como la de 2003. Máxime, vistos las consecuencias desestabilizadoras que ha generado. Si bien, éste es el objetivo prioritario de Israel: tratar de que sus vecinos se desmoronen poco a poco y pierdan fuerza y peso (Líbano, Irak o Siria son ejemplos evidentes).

Por último, es curioso el papelón de ciertos países árabes participantes en ese encuentro, pues quiero recordar que muchos de ellos no reconocen el Estado de Israel, empezando por Arabia. Efectivamente, sacarse fotos oficiales con un sonriente Netanyahu es una ofensa que muchos palestinos en particular y numerosos árabes y musulmanes en general no podrán olvidar fácilmente. ¿Cómo es posible que al hablar de extremismo sólo se haga mención a Irán, cuando somos conscientes de los métodos empleados por las monarquías teocráticas del golfo Pérsico? ¿O cómo se las gasta el actual gobierno israelí con la minoría palestina, habiendo creado un auténtico régimen de apartheid? ¿Por qué no se dijo nada del terrorismo suní y de su financiación? ¿Realmente es creíble el contenido de esta reunión o es un mero paripé a la mayor gloria de Trump y Netanyahu? De hecho, el anuncio en Varsovia de que Jared Kushner, el yerno del inquilino de la Casa Blanca y su consejero para el affaire árabe-israelí, revelará su esperado plan de paz tras las votaciones ya mencionadas no hace sino confirmarlo. Dada la política exterior llevada hasta ahora por la Administración Trump, ¿quién confía en dicha propuesta? Yo no, desde luego. Al tiempo.

16 de febrero de 2019

Publicado en *El Diario Vasco*, 24 de febrero de 2019, p. 30